

prolegómenos a una ciencia de la antigüedad

David Hernández de la Fuente



EDITORIAL
SINTESIS

PROLEGÓMENOS
A UNA CIENCIA
DE LA ANTIGÜEDAD

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

PROLEGÓMENOS A UNA CIENCIA DE LA ANTIGÜEDAD

David Hernández de la Fuente



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© David Hernández de la Fuente

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-238-3
Depósito Legal: M-304-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. COMIENZOS DEL ESTUDIO DE LA ANTIGÜEDAD.....	17
1.1. <i>Introducción</i>	18
1.2. <i>Historia y memoria</i>	19
1.3. <i>Una historia llamada Historia</i>	26
1.4. <i>Historia, filosofía, mito, literatura</i>	28
1.5. <i>Los primeros historiadores</i>	30
2. EL NACIMIENTO DE LAS CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD. ENTRE FILOLOGÍA CLÁSICA E HISTORIA ANTIGUA	39
2.1. <i>Introducción</i>	40
2.2. <i>Bases estéticas e ideológicas de la ciencia de la Antigüedad</i>	41
2.3. <i>El despegue de la filología: precedentes de un método de éxito</i>	43
2.4. <i>La ciencia filológica como núcleo de la ciencia de la Antigüedad</i>	47
2.5. <i>Filología, hermenéutica y crítica textual: cómo comprender el discurso de los antiguos</i>	51
3. DE LA CIENCIA A LAS CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD: EXPANSIÓN, ESCISIÓN Y ESPECIALIZACIÓN	57
3.1. <i>Introducción</i>	58
3.2. <i>De las ciencias del lenguaje a la narrativa patrimonial</i>	59
3.3. <i>Oriente y la otra Antigüedad</i>	63

3.4.	<i>Ciencias de las fuentes</i>	63
3.5.	<i>Cultura material y antropología</i>	67
3.6.	<i>Hacia una teoría de las ciencias de la Antigüedad</i>	70
4.	LA TRANSFORMACIÓN DE LAS CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD EN EL <i>FIN DE SIÈCLE</i>	73
4.1.	<i>Introducción</i>	74
4.2.	<i>Otro comienzo: de Nietzsche a Freud</i>	75
4.2.1.	Nietzsche y las ciencias de la Antigüedad	76
4.2.2.	Freud y las ciencias de la Antigüedad	80
4.3.	<i>Nuevas aproximaciones a la mitología</i>	84
4.4.	<i>Sociedad y Antigüedad: de Marx a Weber</i>	87
5.	PANORAMA DE LAS TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS EN TORNO A LA ANTIGÜEDAD: SIGLOS XIX Y XX	91
5.1.	<i>Introducción</i>	92
5.2.	<i>El método positivista y la reacción ante él</i>	93
5.3.	<i>Nuevas perspectivas culturales</i>	95
5.4.	<i>Tendencias económicas y sociales hasta la Segunda Guerra Mundial</i>	97
5.5.	<i>Tendencias desde la Segunda Guerra Mundial</i>	100
6.	PERSPECTIVAS ACTUALES PARA EL ESTUDIO DE LA ANTIGÜEDAD	109
6.1.	<i>Introducción</i>	110
6.2.	<i>Una Antigüedad postmoderna</i>	112
6.3.	<i>Nosotros y los otros. Del postcolonialismo a la teoría crítica racial</i>	116
6.4.	<i>Una Antigüedad diferente: feminismo y género</i>	121
6.5.	<i>Antiguos y postmodernos: vigencia de los clásicos en el debate actual</i>	129
	A MODO DE EPÍLOGO: EL ESTUDIO DEL MUNDO ANTIGUO ENTRE UNIDAD Y DIVERSIDAD	135
	SELECCIÓN DE TEXTOS	141
1.	<i>Tucídides. El método del historiador</i>	142
2.	<i>Polibio. Elogio de la historia</i>	144

3.	<i>Tito Livio. Antigüedades romanas</i>	148
4.	<i>Tácito. Historiar sin amor ni odio</i>	151
5.	<i>Agustín de Hipona. Sentido cristiano de la historia</i>	152
6.	<i>Voltaire. Las cuatro edades felices</i>	153
7.	<i>J.J. Winckelmann. Superioridad del arte griego</i>	155
8.	<i>G.W.F. Hegel. Por qué Grecia</i>	158
9.	<i>Theodor Mommsen. Orígenes de Roma</i>	161
10.	<i>Ortega y Gasset. Lo modélico de Roma</i>	163
11.	<i>P. Joutard y G. Duby. Historia y mentalidad</i>	165
12.	<i>Gilbert Murray. Grecia antigua e Inglaterra moderna</i>	166
13.	<i>Hans-Georg Gadamer. Pensar griego y modernidad</i>	169
14.	<i>Edward Said. Representar al otro</i>	171
15.	<i>Martin Bernal. Superar el "modelo racial" griego</i>	174
16.	<i>Sarah B. Pomeroy. Una historia antigua de las mujeres</i>	177
17.	<i>Matthew Johnson. Una arqueología de género</i>	179
18.	<i>Géza Alföldy. Historia total de la Antigüedad</i>	180
BIBLIOGRAFÍA		185

2

EL NACIMIENTO DE LAS CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD. ENTRE FILOLOGÍA CLÁSICA E HISTORIA ANTIGUA

La manera en la que se deslindan mito e historia, como el propio despegue del logos europeo a partir del comienzo de la Edad Moderna, con el desarrollo de una ciencia exenta, o al menos pretendidamente, de las consideraciones religiosas, desemboca en el llamado Siglo de las Luces, con una aproximación muy diferente a la historia de los orígenes. Todavía se establecerán filiaciones y genealogías con lo precedente y, sobre todo, con las grandes literaturas que proceden de las lenguas de prestigio y cultura, que aún son la griega y la latina, frente a un conglomerado que se ve como ajeno, pero expectante, para ser integrado en la gran corriente de la historiografía de la Antigüedad. La Ilustración tiene sus mitos históricos (véase texto 6), aunque camuflados de ideología, pero también es el descubrimiento de la diferencia entre nosotros y los otros: en ese sentido, no habrá que esperar mucho para el despegue de un comparatismo que, en principio, también estará teñido por un sesgo de superioridad eurocéntrica, el cual se ve de forma innegable en los autores que estrenan la disciplina científica que estudia la Antigüedad.

De lo uno a lo múltiple. Pues quizá deberíamos enunciar en plural esta ciencia, hablando de las disciplinas científicas que pretenden estudiar y ana-

lizar aquellos pueblos que se ven con carácter modélico en el pensamiento, la política, las artes y la literatura. Se puede pensar en el caso de Winckelmann y su argumentación sobre la supremacía de la estética griega: esta pronto inundará todas las capitales de la docta Europa con capiteles y columnas de espíritu clásico. Y, en paralelo, el despegue económico y la industrialización incipiente se dan a la par que una nueva ciencia de la Antigüedad que prepara ya el camino para el positivismo y el empirismo también en la historia. Muy diferente es el énfasis de los albores de la gran filología clásica, frente a sus precedentes, en las historias de los orígenes, que se esbozaron en el capítulo anterior.

2.1. *Introducción*

La investigación sobre la Antigüedad elaboró sus propios métodos científicos en la transición entre el siglo XVIII y el XIX, cuando la Ilustración provoca una nueva mirada teórica sobre muy diversos campos de trabajo en el árbol de las ciencias. Pero esta génesis reposa sobre una tradición muy notable anterior, basada en la filología que nace en el mundo helenístico y romano y que se difunde a través del Medievo y el humanismo. Una historiografía basada en fuentes comprobables, más allá de su concepción como género literario, y con un hilo que no cesa en las evidencias, avala el surgimiento de un método histórico moderno en la época auroral de la Ilustración, heredera y transformadora del legado clásico, y que marca el nacimiento de las llamadas ciencias de la Antigüedad, a las que se dedican estas líneas. La combinación de fuentes literarias e interpretación histórica hace que sea difícil deslindar los límites entre filología e historia en esta etapa, pues se trata de que los hechos que narra el historiador estén basados en el mejor texto posible, en fuentes acreditadas, cuya edición crítica y cuya problemática de transmisión deben ocupar a quien intente interpretar la historia.

Es sabido que la configuración del estudio de la Antigüedad como saber autónomo, tras los orígenes que hemos repasado brevemente, hunde sus raíces en ese siglo conocido como el de “las Luces”: desde la Francia ilustrada hasta la Alemania del idealismo y la *Weimarer Klassik*, se va configurando el moderno método histórico-crítico, que engendra la historia antigua y la filología clásica en un tronco común. Es entonces cuando cobra forma primera

un abordaje con pretensión científica para el estudio de las antigüedades que está íntimamente relacionado con el método filológico.

2.2. *Bases estéticas e ideológicas de la ciencia de la Antigüedad*

Podemos situar la moderna investigación sobre las ciencias de la Antigüedad, entre filología e historia, en el ambiente intelectual propiciado por la reflexión sobre las antigüedades clásicas que se da en la cultura centroeuropea desde finales del siglo XVIII. Pensamos en la precursora figura de Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), arqueólogo, anticuario y, sobre todo, historiador del arte y las ideas estéticas, que sienta las bases de la operación de reapropiación de la Antigüedad que se da en el Siglo de las Luces. Educado aún en la tradición universitaria alemana, matriculado en 1738 en Teología Protestante en la Universidad de Halle, se dejó seducir muy pronto por los autores de la Antigüedad griega y por la mitología clásica. Desde su puesto de bibliotecario del conde von Bünau, en el palacio de Nöthnitz (Dresde), escribió su rompedora obra *Reflexiones sobre la imitación de las obras griegas en la pintura y la escultura*. Publicada en 1755, estos *Gedanken* marcaron un cambio epocal: abandonó su puesto para estudiar las antigüedades en Roma, como bibliotecario del cardenal Albani. Desde Roma, revolucionó la estética desde la reconsideración del legado griego y la creencia en una belleza objetiva –una suerte de *kalokagathía* platónica– que puede inspirar el arte de nuestro tiempo (véase texto 7).

Así nació el neoclasicismo: era una nueva vuelta de tuerca en la herencia de la Antigüedad, pero que, frente al humanismo, no se centraba en el aspecto más puramente filológico y filosófico, con la investigación de las fuentes literarias, sino que, desde el conocimiento firme de estas –el propio Winckelmann era un gran conocedor de Heródoto o Platón–, dirigía la atención con especial preferencia a las fuentes materiales e iconográficas. En lo estético, consagró una Grecia de rectas y blancas formas, “simplicidad y grandeza”, como un patrón que marcaría inmediatamente la estatuaria y la pintura (Canova, Flaxman, David) y también la arquitectura (Schinkel), como muestra la proliferación de reformas arquitectónicas, museos, bibliotecas y parlamentos a la griega en todas las capitales de Occidente. La

arqueología nace entonces como disciplina autónoma, aunque modelada ideológicamente por la idea de superioridad occidental, de razón y progreso, con un programa que escondía, tras la blancura de los mármoles, la polícromía que ya salía a la luz en Pompeya y Herculano. Si a eso le sumamos, en el plano literario, las teorizaciones sobre lo sublime de Edmund Burke (*Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, 1757), basadas en las ideas de Longino, y la eclosión del clasicismo alemán con Schiller y Goethe, así como el brote de filohelenismo en toda Europa, es difícil subestimar la importancia de este movimiento de florecimiento de lo clásico en el continente como marco del estudio científico de las ciencias de la Antigüedad.

Estos ecos estéticos y literarios encuentran acaso otro pistoletazo de salida con el descubrimiento de Pompeya, la asombrosa ciudad que sigue deparando hallazgos que acrecientan la fascinación por la perdida civilización romana incluso hoy. Aunque ya en 1550 el arquitecto Fontana encontró algunos restos de la ciudad arrasada por el Vesubio, no fue hasta la llegada del ilustrado rey Carlos VII de Nápoles, más conocido por su nombre posterior, Carlos III de España, cuando, entre 1759 y 1788, se iniciaron los trabajos arqueológicos, bajo la dirección, entre otros, del aragonés Alcubierre. Nada sería igual desde que los arqueólogos e historiadores del arte sacaran a la luz una ciudad romana congelada en el tiempo.

Es la recepción del legado clásico, y griego por más señas, la que suscita el debate sobre la necesidad de indagar en el pasado más remoto para comprender la identidad presente: de nuevo, la comprensión del presente por el pasado, y viceversa, Alemania en el espejo de Grecia, como en el *Hiperión* de Hölderlin (1797-1799), la novela simbólica de la apropiación del legado griego por la cultura alemana: Diotima e Hiperión, Grecia y Alemania, la invención de un nuevo humanismo en plena lucha por la independencia de Grecia: todo ello suponía una nueva vuelta de tuerca a la reinención de la propia Antigüedad.

Otro de los pilares del *boom* de la Antigüedad en la cultura centroeuropea es Goethe, quien realizó su célebre viaje de formación a través de la península italiana en 1786: este le puso en contacto con los círculos de intelectuales y artistas alemanes, como los pintores Angelica Kauffmann y Tischbein, que hicieron sendos retratos del poeta. El viaje, publicado como libro en 1816, incitó a la intelectualidad europea a emprender el *grand tour*

hacia las tierras del mundo clásico, Italia, Sicilia y, por supuesto, Grecia. Además de la obra literaria de Goethe, con ecos clásicos, tan importante que no puede ser tratada aquí cabalmente, hay que destacar sus creaciones de índole más teórico o ensayístico sobre el discurso estético, histórico o científico en torno a la Antigüedad: por ejemplo, el citado *Viaje a Italia* (1816), *Winckelmann y su siglo* (1805) o el *Ensayo sobre Polignoto* (1802). En esa línea, es fundamental la correspondencia que se establece desde diciembre de 1797 entre Schiller y Goethe, que van a sentar las bases ideológicas y estéticas del nuevo clasicismo alemán. En ese contexto, no hay que olvidar lo que de Goethe decía su alma gemela Schiller, en una carta del 23 de agosto de 1794:

Si hubiera nacido griego [...] su camino se habría abreviado al máximo... Mas, al haber nacido alemán, al haber sido arrojado su espíritu griego a este mundo nórdico, no le quedaron más opciones que [...] restituir para su imaginación, con ayuda de su capacidad intelectual, aquello de lo que le privó la realidad, engendrando por una vía racional una Grecia desde su interior, por así decirlo (Burello y Rohland, 2014, texto 4).

Aparte, hay que considerar las diversas publicaciones y plataformas culturales, como círculos o revistas, que contribuyeron a revitalizar este clasicismo de Weimar: *Propyläen*, *Die Horen*, *Thalia*, *Kunst und Altertum*, etc. (véase Hernández de la Fuente, 2021a, para más detalle).

2.3. *El despegue de la filología: precedentes de un método de éxito*

En un primer paso, la ciencia de la Antigüedad (como crítica textual y edición de textos), y su avance crucial, corrió parejas con la ciencia del filólogo clásico, que, sobre la base de los progresos de los bizantinos y los humanistas, prosiguió con la construcción y restitución del corpus de los textos clásicos, desde el arcaísmo hasta la edad tardía, fundamental para la propia edificación de la imagen del mundo antiguo, o más bien para su reconstrucción con las técnicas de la argumentación filológica e histórica. El trabajo filológico se basa en aquella antigua divisa del emperador Augusto, que lue-

go pasó a serlo de los humanistas, el oxímoron *festina lente* o *speude bradeos* (Suetonio, *Aug.* 25, 4) –a lo que se suman las *felix intentio* y *laudanda sedulitas* de Casiodoro (*Inst.* I 30 1)–, que Goethe versionaría después como *Eile mit Weile*. El moderno filólogo José S. Lasso de la Vega considera que las claves de la tarea del filólogo clásico se cifran en las siguientes:

1. Probar la validez y hallar la significación de los testimonios antiguos.
2. Encontrar la íntima conexión entre los diversos y múltiples aspectos del mundo clásico.
3. Describir en lo posible ese mundo unitario de la cultura antigua.
4. Buscar la línea de continuidad entre la Antigüedad clásica y el mundo moderno.

La toma de conciencia de los problemas del corpus de la literatura clásica y su transmisión debe situarse al principio de cualquier estudio filológico. “Filología”, como es sabido, proviene del griego antiguo *philología*, lo que está atestiguado primeramente en las *Leyes* de Platón (641e), cuando describe a los atenienses como “amantes de la palabra”. Y ya los antiguos fueron precursores de este estudio, que se remonta a los tiempos helenísticos, cuando se fundaron las primeras instituciones culturales estatales, la biblioteca y el museo alejandrinos, que obraron la primera gran operación de selección y crítica filológica. Parece que ello se debe a Eratóstenes de Cirene (276-194 a. C.), que fue director de la Biblioteca de Alejandría, conocido como el “beta” –por tratarse del segundo mejor especialista en cualquier tema– y que tuvo el honor de ser el primer estudioso en autoproclamarse filólogo. Aunque su fama actual se debe a haber medido por primera vez la circunferencia de la Tierra, como geógrafo, e hizo avances en astronomía (llegando a componer una obra sobre mitología del firmamento, titulada *Catasterismos*), también realizó una labor filológica muy notable, en la que destacan importantes logros, a los que se suman las aportaciones de otros eruditos helenísticos, como el primer gran catálogo libresco (de Calímaco de Cirene), los signos de puntuación y las técnicas editoriales (de Aristófanes de Bizancio) y lo que Dionisio de Tracia denominaba “crítica literaria de los poemas”. La selección, conservación, preservación y restauración de los grandes textos, en sus diversas versiones, está en la base de esta labor filológica, que comienza, como no podía ser de otra manera, con el estudio, el comentario y la edición de la obra de Homero. El propio criterio

material –el frágil y caro soporte de los rollos de papiro, y el posterior avance que supuso el pergamino– condicionó en gran medida la primera ciencia filológica en la Antigüedad. Toda la transmisión del legado clásico está marcada por una selección previa de la tradición y una reinterpretación de los textos en el proceso de transferencia de su contenido a través de la historia.

Desde el mundo bizantino, la filología se cultiva en los centros de copia de libros, como la biblioteca y *scriptorium* imperial de Constantinopla, a partir del siglo IV, en una tradición que transmite todas las obras clave seleccionadas por los alejandrinos –y condicionada por la ideología cristiana oriental– y que incluye, en todo caso, los poemas homéricos, las tragedias de Eurípides o Sófocles, los diálogos de Platón o el corpus aristotélico. Los monasterios del monte Atos, entre otros centros de copia, florecen como focos de cultura letrada, y se transmiten los textos, merced a la creación de la minúscula bizantina en el siglo IX, en un gran renacimiento cultural bizantino, bajo la dinastía macedonia, con figuras de enorme talla intelectual, como el patriarca Focio. Su *Myriobiblion*, quizá el más notable trabajo filológico del mundo bizantino, reseña y compila información sobre más de dos centenares de fuentes, mientras que el léxico Suidas recopila otros tantos nombres y obras hoy perdidos para nosotros. Otros renacimientos bizantinos, como el del siglo XII y los posteriores, crean monumentos de la filología como la *Antología palatina* o el *Etymologicum magnum*. Sabios de la época de la dinastía imperial de los Paleólogos, como Máximo Planudes, Demetrio Triclinio o el cardenal Besarión, serán los encargados de enseñar la filología bizantina a la Europa occidental.

En el occidente latino, los grandes centros monásticos y palatinos también sirvieron, en una multitud de lugares, para la copia de manuscritos, desde Italia, con Vivarium, Montecassino o Grottaferrata –sede aún del saber clásico grecolatino–, hasta la Sevilla de Isidoro o la Irlanda de Columba y la Abadía de Iona, o San Gallo en Suiza. Los textos clásicos se refugian en los *scriptoria* de instituciones eclesiásticas y, en algunos casos, incluyen las obras griegas. El llamado renacimiento carolingio, a partir del siglo IX, propició un auge de la cultura letrada latina, con figuras, como Alcuino de York, que llevaron a cabo una notable reorganización libresca y pedagógica, en paralelo con el desarrollo de la minúscula carolina, que se difundió por toda Europa eclipsando las oscuras escrituras nacionales y facilitando una veloz difusión de la cultura. Estas corrientes se irradiaron desde los monasterios centroeuropeos, y la transcripción de fuentes clásicas recibió un gran impulso, que se

prolongó hasta la creación de las universidades, en el siglo XII. La filología no era, obviamente, científica, y muchas fueron las vías de llegada de los textos clásicos, como se ve en las múltiples rutas de los escritos aristotélicos, de la medicina de Galeno, de los *Elementos* de Euclides o el *Almagesto* de Ptolomeo, a veces por vía de la mediación árabe, a través de Palermo, Salerno, Córdoba o Toledo, en paralelo con la vía bizantina.

La técnica de esa filología incipiente se va desarrollando con la traducción de las obras literarias de la Antigüedad grecolatina, desde la escuela de traductores del califato abasí, en la Bagdad de los siglos VIII y XI, hasta la escuela de traductores de Toledo, en el siglo XIII. Pero será el Renacimiento europeo el que sienta las bases del posterior método filológico, desde la escuela de Manuel Crisoloras en el humanismo italiano hasta la Universidad Cisneriana en el español. Por supuesto que el contacto cultural entre Oriente y Occidente en Italia –sobre todo, en Venecia, Florencia y Roma–, a través de la llegada de textos y eruditos de Bizancio, supondrá el comienzo de una ocupación sistemática en torno a la filología. A partir del *trecento* y el *quattrocento* italianos, herederos de los renacimientos anteriores, orientales y occidentales (véase Capelli, 2007, en general), se intensifica el trabajo sobre los textos, prestando ya atención a la problemática textual, paleográfica, codicológica, pero también histórico-cultural: procesos clave, como la introducción del papel, el desarrollo de la minúscula, la invención de la imprenta (1440) y la toma de Constantinopla por los turcos (1453), con el consiguiente aluvión de textos orientales hacia Occidente, condicionan la tradición de las fuentes clásicas y su estudio filológico en las épocas posteriores. Pensemos en enormes figuras filológicas de Oriente y Occidente, como Máximo Planudes, Coluccio Salutati, Demetrio Triclinio o Poggio Bracciolini, cuyo descubrimiento del *De rerum natura*, de Lucrecio, en un manuscrito perdido en el monasterio de Murbach, allá por el año 1417, pudo haber desencadenado el pleno Renacimiento. El desarrollo de los estudios filológicos en el siglo XV, con Valla y Poliziano, corre parejas con la pasión creciente por los estudios griegos, sobre todo a raíz de la petición de ayuda bizantina a Occidente frente al peligro turco y el intento de unificación de las Iglesias en el Concilio de Florencia-Ferrara de 1438: el cardenal Besarión, erudito entre los dos mundos, y la fundación de la Academia Florentina y la *Neoaccademia* de Venecia, con la edición científica y la impresión de los

primeros textos griegos por Aldo Manuzio y Marco Musuro, son hitos importantísimos en este proceso.

El desarrollo de esta incipiente ciencia filológica en el pleno Renacimiento y en el Barroco se extiende fuera de Italia y da a luz grandes figuras, como Budé, Étienne o Escalígero, en Francia, o Erasmo, Lipsius y Heinsius, en Holanda, así como Núñez de Guzmán, Juan Lorenzo Palmireno, Pedro Simón Abril o Gonzalo Correas, en España, o Moro y Bentley, en Inglaterra. Muchos de ellos han marcado la modernidad: las ediciones de Budé, los tesauros o la paginación de Platón o Plutarco de Stephanus (Étienne) y los descubrimientos de celebrados fraudes por Valla, Bentley o Casaubon son algunas de las grandes deudas que tenemos con estos humanistas. Por ejemplo, en esa lucha titánica que es la de los falsarios contra los críticos, vemos cómo, en 1440, Valla demostró que el célebre documento conocido como “Donación de Constantino” era un engaño, para desazón de los papas; y, con un análisis lingüístico similar, Isaac Casaubon desarmó el *Corpus hermeticum* en 1614, esta vez para decepción de estudiosos neoplatónicos y esotéricos en la línea de Ficino, mientras que Bentley ponía en duda la epístola de Fálaris. A ellos se deben las bases de la moderna ciencia filológica, tanto de sus herramientas lexicográficas como de su metodología crítica. En estos siglos, se asientan también los primeros principios de las disciplinas auxiliares o paralelas a la ciencia de la Antigüedad, como la paleografía, la epigrafía o la papirología, que van consolidándose, mientras que la diplomática, que sirve para probar la autenticidad de los documentos, se convierte en un método muy apreciado desde los trabajos del abad Jean Mabillon (*De re diplomatica*, 1681)

2.4. *La ciencia filológica como núcleo de la ciencia de la Antigüedad*

Para entender la filología como disciplina moderna, se puede comenzar por la definición de la Real Academia Española: la “ciencia que estudia una cultura tal como se manifiesta en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos”. En otra posible definición, filología es, citando a Antonio Tovar (1944, 10):

... una habilidad, un arte: consiste simplemente en tomar un texto y poderlo explicar bien, sin dejar ningún punto oscuro. Lo que ha sucedido siempre en cada caso es que la filología, por una parte, consigue mucho más de lo que se había propuesto; por otra, se queda demasiado corta. De un lado, lo que había sido, en la idea previa, un delicado y sencillo instrumento gramatical, un arte práctica, se convierte en una serie de conocimientos muy complicados; más aún: en un conocimiento ordenado y sistemático, en una ciencia, casi en una enciclopedia. Entran en ella, ya no sólo la gramática, sino la historia, la arqueología, la mitología, la geografía. Y entra, además, no ya sólo la explicación de un texto dado, sino la preparación de un texto legible, libre de erratas y de corrupciones, la fijación de un texto lo más próximo posible a lo que pudo escribir el autor, o a lo que se imagina que es autor.

En ese sentido, hay que recordar que el más célebre de los filólogos del positivismo germano, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff (1848-1931), proponía como objetivo de la filología clásica hacer revivir “la civilización grecorromana en su esencia y en todas las expresiones de su vida”, partiendo del estudio de los textos y ayudándose con diversos instrumentos auxiliares con base histórica. Su gran rival en definir el concepto de filología, filósofo, pero antes que eso un gran filólogo clásico, Friedrich Nietzsche, afirma (en su *Aurora*, de 1899):

La filología es un arte respetable, que exige a quienes la admiran que se mantengan al margen, que se tomen tiempo, que se vuelvan silenciosos y pausados; un arte de orfebrería, una pericia propia de un orfebre de la palabra, un arte que exige un trabajo sutil y delicado, en el que no se consigue nada si no se actúa con lentitud. Por esto precisamente resulta hoy más necesaria que nunca: precisamente por esto nos seduce y encanta en esta época nuestra de trabajo, esto es, de precipitación que se consume con una prisa indecorosa por acabar pronto todo lo que emprende, incluyendo el leer un libro, ya sea antiguo o moderno. El arte al que me estoy refiriendo no logra acabar fácilmente nada; enseña a leer bien, es decir, despacio, profundizando, movidos por intenciones profundas, con los sentidos bien abiertos, con unos ojos y unos dedos delicados (trad. Carretero Moreno, 1994, 32-33).

Las ciencias de la Antigüedad y su consiguiente metodología científica nacen, si hay que creer a Friedrich Nietzsche, el 8 de abril de 1777, cuando

Friedrich August Wolf (1759-1824) se matriculó en la Universidad de Gotinga como *studiosus philologiae*, en vez de hacerlo como *studiosus theologiae*, como era la tradición. Nacido en Heinrode, hijo de un maestro, se había trasladado a la escuela de Nordhausen, en la que aprendió latín y griego, entre otras lenguas. En Gotinga, estudió bajo la dirección de Christian Gottlob Heyne, pero pronto polemizó con su maestro en torno a sus teorías sobre Homero. Wolf obtuvo un puesto de profesor en Ilfeld y fue director de la escuela secundaria de Osterode (1782), tras lo que ganó una cátedra en la Universidad de Halle, dependiente del Estado prusiano. En 1795, Wolf publicaría su famosa obra *Prolegomena ad Homerum*, que sentaba las bases del método analítico. En esta obra, intentaba probar, a través de la crítica textual, que los poemas homéricos no eran sino el resultado de un proceso de adición progresiva de diversas unidades épicas más pequeñas, compuestas en épocas distintas, y que, por ello, no se podían atribuir a un solo autor. El estudio de la forma y el contenido de los poemas le permitía sugerir una redacción y edición posterior a la época del mítico Homero (siglo VIII a. C.), que posponía al tiempo del ateniense Pisístrato, en el siglo VI a. C. Esta primera gran obra de filología moderna suscitó la conocida “cuestión homérica”, un debate que sigue vivo para los homeristas de hoy, como Martin L. West o Barbara Preziosi (West, 2011).

Pero a Wolf se le debe también, por su obra *Exposición de la ciencia de la Antigüedad* (1807), la fijación por vez primera del concepto moderno de la *Altertumswissenschaft*, referido a la disciplina que abarca el conjunto de conocimientos que, junto con los hechos, la ordenación política y la literatura de los pueblos antiguos, nos informa sobre su cultura, lengua, artes, ciencias, costumbres, religión y características nacionales. Para Wolf, esta ciencia, que él denomina también “filología”, combina el estudio histórico y el documental para aprehender, en lo posible, el espíritu de las antiguas naciones, su *Volksgeist*. Se iniciaba entonces un camino hacia la sistematización del conocimiento científico del pasado que iba a culminar en el positivismo de finales del siglo XIX, en el que filología era sinónimo de historia y, en especial, de historia de la Antigüedad (sobre el método filológico, en una versión previa de algunas de estas reflexiones, véase Hernández de la Fuente, 2012b).

La reforma de la enseñanza prusiana proyectada por Wilhelm von Humboldt (1767-1835), que culminó en 1810 con la fundación de la Universidad de Berlín, refleja la importancia de este concepto abarcador de “ciencias

de la Antigüedad” como educación del individuo de la época: su énfasis en el estudio de las lenguas antiguas y de la historia de la Antigüedad como materias clave para la formación humana así lo evidencia. Tras el cierre de la Universidad de Halle por Napoleón, en 1807, Wolf marchó a Berlín, donde fue nombrado miembro de la *Akademie der Wissenschaften* prusiana y enseñó en la nueva universidad berlinesa bajo los ideales del reciente humanismo clásico –en sintonía con el clasicismo weimariano de Goethe y Schiller– y de la reforma de la moral pública a través de la educación, en colaboración con W. Humboldt. Entre las ciencias de la Antigüedad y la filología, desempeñó un papel fundamental en el nuevo sistema universitario.

Casi cien años después de este momento auroral de la ciencia de la Antigüedad en la universidad prusiana, en el mismo lugar, el solemne paraninfo de la berlinesa *Unter den Linden*, se producía el acto de apertura del curso de 1900, y el ya citado Wilamowitz proclamó que la filología clásica era la ciencia más avanzada y la abanderada del futuro. Pero, para entonces, la ciencia histórica de la Antigüedad ya había entrado en crisis. Nietzsche, que a la sazón representaba todo lo contrario que Wilamowitz, acusaba la falta de visión panorámica de la que adolecía cierta filología estrecha de miras.

No debemos ignorar [decía el filósofo alemán en una carta del 6 de abril de 1867] que a la mayoría de nuestros filólogos les falta toda visión global estimulante de la Antigüedad porque se quedan demasiado cerca del cuadro y se limitan a investigar tal o cual mancha de aceite en lugar de admirar y –lo que aún vale más– gozar de los rasgos grandes y audaces de la pintura de su conjunto (Hernández de la Fuente, 2018, 123).

La tendencia a la especialización en la investigación histórica se empezó a notar con la aparición de August Boeckh (1785-1867), discípulo de F.A. Wolf, que acentuó la vertiente histórica, dentro de la idea de una ciencia total de la Antigüedad, y la dotó de un alto grado de reflexión filosófica, acaso como influencia de su otro maestro, Friedrich Schleiermacher (1768-1834), teólogo y filósofo experto en el texto de los Evangelios y en el corpus platónico, que editó y tradujo de forma canónica (1804-1810). Discípulo de Friedrich von Schlegel, Schleiermacher escribió un tratado acerca de la traducción (*Über die verschiedenen Methoden des Übersetzen*, 1813) que será básico para la hermenéutica filológica. Diferencia la traducción con fi-

nes prácticos (del *Dolmetscher* o intérprete) de la específicamente literaria y, mientras atribuye a la primera el ámbito de lo cotidiano y de la oralidad, asigna a la segunda el de la ciencia, la literatura y la escritura. Según Schleiermacher, el traductor se enfrenta con dos problemas. Por una parte, la relación dialéctica entre libertad y necesidad de ser fiel al lenguaje del autor representa la primera dificultad, ya que este, aunque determinado en sus conceptos y forma de razonamiento y expresión por el lecho procústeo de la lengua, tiene también la capacidad de crear libremente su propio lenguaje. Por otra parte, la traducción puede realizarse desde la perspectiva del autor (es decir, tomando en cuenta fundamentalmente la lengua del original) o del lector (colocando el acento en la lengua de destino). La contribución de Schleiermacher es un punto de partida para toda la filología moderna, por haber hecho de la traducción literaria la culminación de la tarea filológica. El gran par académico de Schleiermacher es el filólogo y crítico textual August Immanuel Bekker (1785-1871), que fue alumno de Wolf en su etapa en la Universidad de Halle y acabó como profesor de Filosofía en la universidad humboldtiana de Berlín. Sus *Anecdota Graeca* (1814-1821) siguen siendo una obra ejemplar y de referencia, pero destacan, sobre todo, sus ediciones de autores clásicos, desde Platón (1816-1823) hasta –principalmente– Aristóteles (1831-1836): no en vano, la numeración de la edición de Bekker se ha convertido en la forma estándar de citar las obras del *Corpus aristotelicum*.

2.5. *Filología, hermenéutica y crítica textual: cómo comprender el discurso de los antiguos*

El desarrollo de la filología clásica como base de la *Altertumswissenschaft* es, ante todo, el de la idea de “interpretación” o hermenéutica, en primer lugar: la propuesta de que se puede entender la Antigüedad a partir de sus restos, en filología clásica, comparte problemática con las demás ciencias humanas en cuanto que, de la consideración de los textos, intenta deducir leyes de valor general. Con esa finalidad, la filología clásica se sirve de la hermenéutica o *ars interpretandi*, que tradicionalmente distinguía entre *sensus litteralis*, *sensus spiritualis* y *sensus allegoricus*: pero, ya con la constitución de la filología clásica alemana como ciencia autónoma, surge la polémica acerca de los principios metodológicos que deben regir esta disciplina, entre el citado

Wolf (1807) y Georg Anton Friedrich Ast (1808), a la sazón un platonista, centrada en los conceptos de comprensión (*Verstehen*) y exégesis (*Erklärung, Auslegung*). Mientras Wolf, en su *Darstellung der Alterthums-Wissenschaft* (1807), coloca la ciencia de Hermes en el centro de la actividad filológica, como una suerte de “proyectarse” en el espíritu del escritor antiguo, Ast considera que la noción de comprensión es la repetición del proceso de creación del texto. A este autor se le deben, aparte de la edición completa de las obras de Platón (1819-1832) y un *Lexicon Platonicum* (1834-1839), dos trabajos clave sobre los elementos de la filología y la hermenéutica, los *Grundlinien der Philologie* (1808) y los *Grundlinien der Grammatik, Hermeneutik und Kritik* (1808), en los que expone este punto de vista sobre la interpretación.

Sin embargo, habrá que esperar a la obra del citado Schleiermacher (1829) para que aparezca la noción de que la interpretación debe consistir no en pasajes particulares, sino en la comprensión global de lo hablado y escrito, en conexión con la vida y la actividad del autor, como un todo, en dos niveles relacionados entre sí: la interpretación gramatical o lógica y la psicológica o técnico-individual. Schleiermacher intenta, por primera vez, analizar la estructura misma del acto comprensivo, para deducir de ella las reglas que rijan la ciencia hermenéutica. El fundador de la hermenéutica moderna, Wilhelm Dilthey (1900) es deudor de estos planteamientos y considera que la comprensión es el reconocimiento de la interioridad del alma del autor como producto de la aplicación de una técnica precisa. Se busca la veracidad del texto en tres sentidos diferentes: la correspondencia entre la exterioridad del signo escrito y la interioridad del pensamiento del autor, la veracidad objetiva de la obra insertada en una serie histórica objetiva, y la adecuación entre la interpretación del filólogo y la interioridad del autor. Otros teóricos, como Martin Heidegger (1957), pretenden superar esta visión extendiendo su labor a la búsqueda y la manifestación de los presupuestos, adaptando la fenomenología de Edmund Husserl y redescubriendo, a partir de un análisis filológico-etimológico del “parecer” (*Schein*) y el “aparecer” (*Erscheinung*), la noción clásica de esencia verdadera y apariencia, *aletheia* y *doxa*.

El método de la hermenéutica fenomenológica debe tender a hacer posible el “acontecer de la verdad” (*Geschehen der Wahrheit*), es decir, la aclaración de la oscuridad presente en el fenómeno, lo oculto que sea relevante para la labor filológica en esa manifestación. Por su parte, Hans-Georg Gadamer (1960), un admirador de la vigencia de la filosofía griega (véase texto 13),

intenta reconciliar la fenomenología con la hermenéutica clásica modificando el concepto de “comprensión” como una verdad que surge de la situación del intérprete y que es relevante para este. La interpretación de Gadamer no deja de tener aspectos interesantes para un filólogo clásico, que derivarán en una estética de la recepción. En el caso concreto de los textos antiguos, hay que partir de un proceso de interiorización lo más completo posible de la lengua original, de manera que el texto pueda ser entendido en todos sus niveles –escrito, sonoro, literario, histórico, social, etc.– en lo posible “desde dentro”. La tarea en este nivel de la interpretación, entonces, consiste fundamentalmente en desarrollar la capacidad del filólogo para ese contacto total con el texto, obligándolo a pensar allí donde no se ha pensado, de forma que, a su vez, pueda reparar en los pasajes en los que la tradición no ha reflexionado o que ha visto desde la perspectiva habitual. El ensayo y el error, así como el estado de debate sobre las cuestiones filológicas en sede académica, todo ello ya fijado en la universidad prusiana, son las condiciones esenciales de la apertura del espíritu del intérprete en este sentido hermenéutico.

La crítica textual, en segundo lugar, o, en otras palabras, la capacidad para decidirse por una u otra lección o lectura del texto y justificarla, caracteriza de manera clave la actividad del filólogo, frente a la del lingüista o la del crítico literario. La habilidad para analizar un aparato crítico es una *conditio sine qua non* que debe poseer el estudioso de filología clásica, y el trabajo sobre el texto antiguo ha de dar, en este ámbito, una base práctica de importancia para prepararle con miras a tomar conciencia de las dificultades que presentan las fuentes, su tradición y su análisis, y de cómo debe resolverlas; pues, si la finalidad de la “ciencia de la Antigüedad” es el estudio de la civilización antigua, es necesario que el filólogo clásico conozca el ámbito en el que se encuentra la forma fundamental en que la Antigüedad nos habla: los textos. Nunca hay que dejar de recordar que las fuentes no han llegado hasta el presente sino como copias de copias, separadas del original por muchos siglos, y que, durante el proceso de transcripción, se han acumulado errores, que son a veces de tal magnitud que es difícil reconstruir lo que el autor quería expresar. Por ello, quien quiera trabajar científicamente con los textos clásicos, sostiene este método, debe prestar atención a los momentos de incertidumbre en la tradición. Las interpretaciones de crítica literaria o de lingüística basadas en un conocimiento deficiente de la crítica textual no dejan de tener, en el caso de los textos clásicos, una alta cuota de incertidumbre. La